

SITUACION Y FUTURO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

GREGORIO SALVADOR

Tengo que explicar, antes de nada, mi presencia aquí, como ponente improvisado, en sustitución del profesor Diego Catalán. Como ya tuve una sesión plenaria en el Congreso de Cáceres y lo que se había anunciado en los programas era una comunicación mía sobre un problema muy concreto de fonética vocálica, este cambio puede resultar abusivo, pero el caso es que la ausencia del profesor Catalán se conoció sólo la víspera de la inauguración del Congreso y ello les creó un problema a los organizadores, que yo, como miembro de la junta directiva de la Asociación, me brindé a resolver, porque casualmente había traído en mi equipaje un texto sobre situación y futuro de la lengua española que, aunque no concebido para esta ocasión, sino leído hace unos meses en el Senado, podría servir en estas horas finales de nuestro intenso Congreso sevillano, en el que tantos, tan variados y tan interesantes aspectos del pretérito de la lengua española se han tratado, para darle a la historia una dimensión de futuro desde los datos objetivos que en el presente se nos manifiestan.

No voy a tratar de la situación de nuestra lengua entre nosotros mismos, porque del español en España, de rencores mezquinos, de planificaciones lesivas, de pruritos epidérmicos, de arañazos laterales, de defecciones grotescas, de comportamientos desatentos y de fantasías provinciales he hablado y escrito bastante en los últimos doce años y no es el momento de insistir. La dimensión del español es otra, es una dimensión universal, y a ella es a la que voy a referirme.

En septiembre pasado fui enviado a Estocolmo por el Ministerio de Asuntos Exteriores, porque el Ministerio de Educación de Suecia había solicitado un conferenciante español para la convención anual de profesores de lenguas extranjeras en aquel país. Por una simple razón: el español, quinta lengua en demanda, escasísima demanda, hasta hace diez años, superada en la enseñanza media por inglés, francés, alemán e italiano, ha tenido un avance tan espectacular que, en el último curso, había pasado a ser la segunda. *Spanskans uppgång* titulaba un periódico el informe sobre ese asunto: el español en alza o el auge del español. Valga, pues, este hecho anecdótico, si se quiere, pero indicativo, para entrar en mi disertación.

Según *The World Almanac 1988* el español había alcanzado, al comenzar ese año, los 304 millones de GLM, esto es, de grupo de lengua materna. En marzo de 1983, en una conferencia recogida luego en mi libro *Lengua española y lenguas de España*, ya presagiaba yo que, si continuaba emitiéndose el programa *300 MILLONES*, que entonces producía TVE, alguna noche de cualquier año venidero tendrían que sonar más fuerte las trompetas, redoblar los platillos y agitarse más alegremente las maracas, para celebrar la coincidencia momentánea del título, por aquellas fechas producto del redondeo, con la exacta realidad de 300 millones de hispanohablantes de lengua materna. Al parecer, según el famoso anuario estadístico norteamericano, tal evento se produjo en 1987, aunque ya no había programa televisivo que lo pudiera festejar con música.

Bien es verdad que, en 1983, ya existían más de trescientos millones de personas en el mundo que pudiesen entenderse en castellano. Porque al GLM, que andaría entonces por los 280 millones, se podía añadir la cifra de los que lo usan habitualmente como idioma de intercambio, aunque tengan otra lengua como materna; y algo más de veinte millones salen con facilidad, en España y América, de hablantes de otros GLM que hablan igualmente el español, la lengua oficial de los Estados a cuya ciudadanía pertenecen. Unos siete millones de españoles tienen el español como segunda lengua, como lengua de relación, y lo mismo ocurre con parte de la población —en cifras más difíciles de precisar— de países como México, Guatemala, Paraguay, Bolivia, Ecuador o Perú, por citar sólo algunos. Faltan censos demolingüísticos ajustados y casi toda cifra, en este terreno, tiene algo de aventurada. Imposible resulta saber, por otra parte, cuántas personas de otros ámbitos idiomáticos han adquirido, mediante aprendizaje, el español como lengua de intercambio y son capaces de comprenderlo o de expresarse en él. Yo, que he escrito sobre «los alegres guarismos de la demolingüística», no quisiera caer en la ligereza de subirme a las nubes de la estimación, pero creo que, a la vista de los datos disponibles, se puede calcular que existen hoy, tal vez, unos 360 millones de personas, si no más, capaces de entenderse en español.

En todo caso, su GLM, estadísticamente reconocido, de trescientos cuatro le permite mantener la cuarta posición en la clasificación mundial de las lenguas por su número de hablantes propios, tras el chino mandarín, el inglés y el hindi. Forman lo que los demolingüistas llaman el grupo de las cuatro mayores, a las que sigue la serie de las siete grandes, que son las que pasan de cien millones o los rondan, serie que encabeza el ruso y en la que se incluyen otras lenguas europeas como el portugués, el alemán o el francés.

Esto si nos atenemos a la estricta ordenación demográfica; pero los demolingüistas establecen, junto a ella, otro tipo de jerarquización idiomática en el que el GLM se baraja con otros datos tales como su carácter regional, nacional o plurinacional, su mayor o menor dispersión geográfica y el número de personas que lo poseen como segunda o tercera lengua, que lo utilizan como lengua de relación. Dado que la demolingüística ha sido disciplina nacida en Francia y cultivada principalmente por franceses, el francés suele aparecer en los manuales como la segunda, dentro de ese nuevo rango, tras el inglés, pero seguida inmediatamente por el español. No es que carezcan de razones para

atribuir a su lengua ese destacado lugar; pero son más bien razones de pretérito que de presente y una simple actualización de los datos que suelen manejarse otorga al español ya ese segundo lugar entre las lenguas de intercambio y relación. El francés llegó a ser la primera y ha mantenido durante dos siglos esa condición; desde el siglo XVIII hasta bien entrado el XX ha sido la lengua de las relaciones diplomáticas y también la del trasiego cultural: la lengua con mayor prestigio. Pero el inglés la ha ido desplazando paulatinamente de esas funciones y, una vez desplazada, su escasa dimensión demográfica en comparación con otras lenguas (sólo es la undécima en GLM) le hace perder terreno, día a día, como idioma aprendido. Por ejemplo, hasta no hace muchos años, en los Seminarios de Lenguas Románicas de las Universidades alemanas el francés reinaba claramente y era la lengua escogida como principal por la mayoría de los alumnos; hoy la situación se ha invertido y es el español la lengua que se prefiere. La explicación es obvia: los más de doscientos millones en que nuestro GLM excede al francés resultan ahora determinantes para la elección, desde una consideración utilitaria, que en el aprendizaje de lenguas es criterio decisivo.

Tan decisivo es el peso demográfico de las lenguas en su adopción como lenguas de relación que, como puso de relieve J. Pohl, incluso la expansión del francés como lengua internacional no se debió tanto al esplendor que había alcanzado bajo el reinado de Luis XIV, a la riqueza de su literatura o a sus pretendidas cualidades de claridad y de rigor lógico, sino más bien a que Francia era, en el siglo XVIII, el país más poblado de Europa. Y si el inglés ha alcanzado en este siglo esa condición de lengua universal que posee es, fundamentalmente, porque se apoya en un sólido GLM de 400 millones de personas. Podría argüirse que, de acuerdo con ese principio, sería el chino, que según algunos dobla esa cifra, la lengua con más entidad para cumplir esa función; pero el chino es lengua de una sola nación y no posee escritura alfabética. Pese a lo cual, o tal vez por ello, el chino escrito o el sistema chino de escritura ideográfica es el medio de relación verbal más utilizado en Extremo Oriente, pues tal sistema da unidad a las diferentes lenguas y dialectos chinos, pero también permite escribir otras lenguas y acceder al significado de lo escrito sin conocer, oralmente, la lengua de quien lo escribe. No resulta descartable, en mi opinión, que se pudiera llegar algún día a la universalización del chino escrito como medio de comunicación interlingüística. Aunque, de hecho, los orientales estén más atentos a aprender lenguas de Occidente y a aprovecharse, en la medida justa, de nuestra cultura, que a intentar extender o transmitir la propia en ninguno de sus aspectos.

En este interés del Extremo Oriente por el aprendizaje de idiomas occidentales el español ocupa ya hoy, claramente, el segundo lugar. No puede competir con el inglés, como es lógico, pero ha ido superando, poco a poco, a todos los demás. He tenido ocasión de asistir a los dos primeros congresos internacionales de hispanistas asiáticos, el que se celebró en Seúl, en agosto de 1985, y el que ha tenido lugar en Manila, en los primeros días del pasado enero, lo que me permite dar testimonio directo del crecimiento espectacular de los estudios hispánicos y de la demanda de aprendizaje de nuestra lengua en aquellos confines, muy particularmente en Japón y en Corea. Son ciento diez las Uni-

versidades japonesas que incluyen el español en sus programas, catorce de las cuales ofrecen licenciaturas especializadas en nuestra lengua. En Corea, donde la introducción del español ha sido más reciente, son ya nueve las Universidades que lo ofrecen en sus licenciaturas, amén de otros centros de enseñanza superior, como las Academias Militares o la Escuela Diplomática. Lo mismo en Corea que en Japón la televisión y la radio emiten cursos de español, con gran audiencia. El más antiguo programa de la televisión japonesa alcanzó el millón de televidentes en 1977 y la cifra ha ido aumentando sin cesar; ahora se venden unos sesenta mil ejemplares mensuales de los libros y folletos que permiten seguir ese curso. El número de estudiantes asiáticos que vienen a España, a especializarse en Filología Hispánica, crece de año en año. Yo he llegado a impartir un curso de doctorado, en la Universidad Complutense, en el que la mitad de los alumnos matriculados eran japoneses, coreanos y chinos.

Si, como vimos, en las Universidades de Alemania, nación vecina de Francia y con una larga tradición en los estudios de filología francesa, el español ha sustituido al francés en el índice de preferencia de los alumnos, es lógico que en estos países lejanos de Europa, menos condicionados por una tradición universitaria en este campo y con plena conciencia de la realidad que representa, para el futuro del mundo, el continente americano, sean inglés y español las dos lenguas occidentales que verdaderamente cuenten. Es curioso que, en el Japón, muchas de las academias de lengua inglesa que allí proliferan enseñen también el español como idioma complementario.

Al fin y al cabo, el español no es sólo la otra gran lengua del continente americano, sino también la segunda lengua de los Estados Unidos de América, la única que ha podido competir con el inglés y no ser neutralizada o borrada por éste. Bien conocido es el enorme crecimiento del GLM de español en la nación norteamericana, que se estima ya en un 10% de la población total. Si el español se ha convertido en la segunda lengua internacional del mundo, tal vez no sea del todo ajeno a ello el hecho de ser también la segunda lengua de los Estados Unidos, y no sólo por el número de sus habitantes sino también por la demanda de aprendizaje, por la cantidad de norteamericanos que la adquieren como segunda lengua, como lengua de relación con los pueblos vecinos. La sustitución del francés por el español que ha tenido lugar estos últimos años en muchas Universidades europeas hace lustros que se efectuó en las estadounidenses. Una sustitución pragmática, impuesta por la simple estimación de la realidad.

Quizás sea éste el momento de decir que no todas las lenguas son iguales. Porque se ha extendido últimamente la opinión de que sí lo son, se ha generalizado el dogma del igualitarismo lingüístico. Y toda afirmación contra un dogma, cualquiera que éste sea, atrae hacia uno de inmediato, la aversión a los creyentes y, en seguida, su descalificación, a falta de mejores argumentos. Los más razonables, tal vez adictos pero no fanáticos, sí que utilizan uno: «Todas las lenguas son potencialmente iguales». Lo cual, en definitiva, viene a darnos la razón a los que hablamos de la manifiesta desigualdad de las lenguas. Porque lo potencial es lo que puede suceder o existir en contraposición a lo que ya sucede o existe. Y la realidad lo que nos ofrece son lenguas muy desiguales,

tremendamente desiguales diría yo. Las lenguas son ante todo instrumentos de comunicación y también vehículos de cultura. Como instrumentos de comunicación pueden estar más o menos afinadas, alcanzar más o menos posibilidades de distinción conceptual, de matización expresiva. Y, sobre todo, pueden servir para comunicarse con mil personas, con diez mil, con cien mil, con medio millón, con dos millones, con cinco, con diez, con cincuenta, con cien, con trescientos, con quinientos millones de seres humanos, según sea el número de los que las hablen. Pues bien, como el valor esencial de un instrumento, de un utensilio, es precisamente su utilidad, la desigualdad instrumental de los idiomas es una desigualdad computable, puede establecerse numéricamente. Pero es que, además, la lengua es el hecho social en el que resulta más evidente el famoso salto cualitativo, desde la cantidad. A mayor número de hablantes, mayor perfeccionamiento de los usos, de los mecanismos del sistema, de los resortes expresivos, más riqueza léxica, más posibilidades de elección connotativa, más discurso imitable, por ejemplar, o sea, mejor producto literario.

De ahí que, como vehículos de cultura, las lenguas sean igualmente mensurables, cuantitativa y cualitativamente. Porque si, como instrumentos de comunicación, el valor de las lenguas, su utilidad, se puede medir por el número de sus hablantes, como vehículos culturales se miden por el número y calidad de sus libros, por su acervo histórico y literario. No es tan solo mi lengua esto que estoy hablando yo ahora, sino todo lo que en ella se ha hablado y, especialmente, todo lo que en ella se ha escrito y permanece. Eso es lo que hace posible que yo pueda dirigirme a ustedes con cierta eficacia, que el instrumento esté afinado y ya lo demás dependa tan solo de la mayor o menor habilidad del concertista. Y si mi disertación les suena a monserga, la culpa será sólo mía y no de la lengua en que me expreso, que permite decir, matizadamente, todo lo que se quiera decir, sin generalidades simplificadoras, gracias a tantas plumas y tantas voces que la han hecho como es, que nos las han legado tan ágil y completa.

Los igualitaristas parecen entender que eso no vale nada, que cualquier idioma comarcal puede servir para todo uso, porque al confundir la potencia con el acto, creen que con un sistema fonológico, una estructura gramatical y un léxico utilitario, en buena parte inventado, está todo listo para escribir *Cien años de soledad*. Pero las lenguas sin libros, sin tradición escrita, son lenguas analfabetas y no basta con proveerlas de gramática y diccionario, que eso siempre es posible, para convertirlas, de la noche a la mañana, en lenguas de cultura, porque la cultura de la que una lengua es manifestación suele ser fruto de un largo acarreo de siglos y se sostiene con pilares de miles de volúmenes escritos, se fundamenta en la enorme extensión de textos acumulados. «Yo soy hijo de italianos —ha dicho Ernesto Sábato— y mis ancestros son Cervantes y Berceo. ¡Qué milagro que es esto!» Y es que efectivamente las grandes lenguas literarias, las grandes lenguas con grandes libros, como ésta que hablamos, esta lengua que permite a un escritor argentino del siglo xx sentirse de la misma sangre espiritual que el novelista castellano del siglo xvii o el clérigo riojano del xiii, estas grandes lenguas, digo, son desde luego un verdadero milagro de comunicación a través de los tiempos y de los espacios, un milagro de potencia creadora y de conciencia unitaria.

Y más sorprendente aún, en lo que se refiere al español, si consideramos lo que fue la política española en América en lo que atañe a la lengua. Se antepuso la evangelización de los indios a su hispanización y como la Iglesia ha estado siempre imbuida, después del milagro de Pentecostés, de su obligación de predicar en sus propias lenguas a los gentiles, más colaboró a la extensión de lenguas indígenas, el náhuatl, el quechua o el guaraní, como lenguas de relación, que a la del castellano, en aquella atomizada babel que era el continente recién descubierto. Es sabido que, en 1596, el Consejo de Indias redactó una Cédula en la que se urgía la castellanización de los indios, y Felipe II, por posible inspiración eclesiástica, la rechazó en estos términos: «No parece conveniente apremiarlos a que dejen su lengua natural, mas se podrán poner maestros para los que voluntariamente quisieren aprender la castellana». A comienzos del siglo XIX, el GLM de español en América apenas excedía los tres millones de hablantes. Fueron las nuevas Repúblicas independientes las que emprendieron una política de hispanización, las que, movidas por el ideario de la Revolución francesa, aplicaron hasta donde pudieron las ideas del Abbé Grégoire, que había proclamado en la Asamblea aquello de que los tres ideales revolucionarios de libertad, igualdad y fraternidad sólo podrían hacerse efectivos con una enseñanza unitaria en una lengua común. Si el español es hoy lo que es, como lengua internacional y de relación, de Francia le llegó el impulso para serlo, lo que visto desde la situación actual no deja de resultar paradójico.

Porque la internacionalidad del español viene dada, sin necesidad de otras consideraciones, por el hecho incontrovertible de ser lengua oficial de veintidós naciones, única en muchas de ellas y mayoritaria, común y de intercambio en todas las demás. La evidencia de esta situación plurinacional, unida a la cuantía de su GLM, la hizo ser una de las cinco lenguas oficiales de la Organización de las Naciones Unidas, desde su fundación en 1945, juntamente con inglés, francés, ruso y chino, a pesar de no haber participado de manera real los países de lengua española en la guerra recién terminada. Y lo más curioso es que el español ha llegado a ocupar el lugar que ocupa entre las lenguas de relación del mundo sin que haya existido nunca, ni en España ni en los demás países hispánicos, una política que haya podido favorecer su expansión y aceptación. En España no se ha creado jamás nada semejante al *British Council*, a la *Alliance Française* o al *Goethe Institut* y todo el hispanismo desarrollado en el orbe ha surgido espontáneamente y apenas si ha contado con una mínima atención de nuestros Gobiernos. Ha sido, como digo, el propio volumen de su GLM y su carácter plurinacional lo que lo ha conducido indefectiblemente al lugar que ocupa.

Este es, dibujado con unas cuantas pinceladas, sin apurar los datos y sin entrar en detalles, el presente del español en el panorama universal de las lenguas. Cuál puede ser su porvenir resulta ya asunto más difícil de dilucidar. El futuro inmediato no presenta especial complicación, pues prosigue el impulso ascendente y no va a cesar, sin más, de la noche a la mañana. Pero la complejidad del mundo actual, la inextricable red de concausas que pueden actuar en cualquier proceso, la evidente manipulación a que suelen ser sometidos los gustos y las preferencias de la gente, y aun la apreciación de sus propias necesidades y conveniencias, aparte de los azares a que está sujeto,

por esencia, el devenir de la historia, hacen que cualquier previsión de futuro, a largo plazo, sea por naturaleza aventurada y caiga más bien en los ámbitos de la profecía que en los del pronóstico.

Atemperada mi afirmación con estas previas consideraciones, creo que puede augurársele al español como lengua de relación entre naciones un porvenir en alza. En primer lugar, porque son muchas las que la tienen como lengua propia y éstas no van a necesitar aparatos de traducción simultánea en las conferencias internacionales. En segundo lugar, porque hay considerables minorías hipanohablantes en otros países que no la tienen como lengua oficial. Recordemos los veintitantos millones de los Estados Unidos o los dos millones que la hablan en Filipinas. Sin olvidar las comunidades judeo-españolas que han sobrevivido a los avatares de la Guerra Mundial y la presencia consiguiente del judeo-español en Israel; baste recordar el hecho curioso de que el ex-presidente Isaac Navon es ensayista y novelista en lengua española, en un judeo-español pasado por el río de la Plata.

Ni van a abandonar el idioma las naciones que lo poseen ni parece que vaya a decrecer el GLM, sino todo lo contrario. Hace unos años solía hablarse, alegremente, de 500 millones para el año 2000. En esta época de variados métodos anticonceptivos y de natalidad cada vez más controlada, es arriesgado hacer predicciones de población, pero en todo caso el índice de crecimiento demográfico en los países hispanohablantes es superior al de los anglohablantes, por ejemplo.

La diversificación del latín, tras la disgregación del Imperio, en las diferentes lenguas románicas es un recuerdo histórico que ha gravitado, como un oscuro presagio, sobre el español de América. A fines del siglo pasado y principios de éste, se temió que la desmembración americana, con tantas nuevas fronteras, pudiera llevar a la lengua de cada nueva nación a ir exagerando sus rasgos diferenciales hasta constituirse en lengua distinta, igual que ocurrió antaño en Europa con el latín vulgar. Pero son otros los tiempos, las comunicaciones actuales no permiten el aislamiento y esa temida diversificación no parece que tenga posibilidad de producirse en el futuro que pueden abarcar nuestras previsiones. Ocurre además que el español es una lengua unitaria, pertenece a las que el lingüista norteamericano Hockett llamó «lenguas simplex», es decir, aquellas cuyas variedades dialectales son todas comprensibles entre sí, permiten la comunicación, sin especiales dificultades, entre cualesquiera de sus hablantes. Por otra parte, la primera gran división dialectal del español no deja a un lado el español de España y a otro el de América, sino que separa lo que suele llamarse *español castellano*, o de tendencia conservadora, de consonantismo firme y muy homogéneo, del denominado *español atlántico*, o de tendencia evolutiva, que experimenta diversas relajaciones consonánticas, no siempre las mismas en los mismos lugares, por lo que ofrece notable heterogeneidad. Este español de tendencia evolutiva es el del sur de España, Islas Canarias y zonas litorales o tierras bajas de América, mientras que español castellano es el del norte de la Península y zonas altas o interiores de aquel Continente; se reproduce así en casi todos los países de América la misma división dialectal que se aprecia en España. La diferencia que existe entre el habla de un mexicano de la capital y un veracruzano, un colombiano de

Bogotá y otro de Cartagena de Indias, es esencialmente la misma que puede apreciarse entre un madrileño y un sevillano. Este tipo de división dialectal, que no se corresponde con fronteras nacionales, ayuda a mantener el equilibrio lingüístico y es una garantía más de cohesión y permanencia, de aceptación del modelo estándar, que además, en el español, se ajusta notablemente al literario.

El mutuo influjo y la escasa distancia entre lengua literaria y lengua hablada ha sido una constante en la historia del español y eso, que no en todas las lenguas ocurre, es otro de los rasgos que favorecen su difusión y aceptación por los hablantes de otros idiomas, que no sólo acceden con su conocimiento al comercio lingüístico con esos cientos de millones de usuarios contemporáneos, sino también a un acervo literario acumulado durante siglos.

Porque es además el castellano una lengua extremadamente antigua. Y como el concepto de antigüedad se aplica a las lenguas con no poco desacierto, bueno será que digamos unas palabras sobre ello. Una lengua es un diasistema que incluye una serie de sistemas funcionales, localizados en el espacio o sucesivos en el tiempo, que permiten el entendimiento de cualquiera de ellos desde cualquiera de los otros. Ya hemos visto que no hay problema con las diferencias diatópicas del español, es decir, con sus variedades geográficas. Pues bien, tampoco lo hay con las diferencias diacrónicas. El hispanohablante de hoy, medianamente culto, es capaz de leer y entender los textos medievales sin excesiva dificultad. El español medieval ya era español. Pero eso, que ocurre también con el italiano o con las otras dos lenguas románicas peninsulares, portugués y catalán, no pasa, por ejemplo, con el francés, que ha evolucionado más y es ya una lengua muy alejada de lo que era en la Edad Media, más moderna, por lo tanto, y con menos dimensión histórica. Y lo mismo ocurre con el inglés. Lo que no es dato desdeñable en esta valoración de las grandes lenguas de intercambio, con las que en definitiva alterna y compite el español.

Por otra parte, la modernidad de esos sistemas, desvinculados fónicamente de lo que fueron estadios arcaicos en el proceso histórico que ha dado lugar a esos idiomas, y el tradicionalismo ortográfico por el que se rigen para disimular esa ruptura, los ha anclado en sistemas de escritura totalmente divorciados de la lengua oral. De ahí la ortografía convencional, absolutamente irreal, tremendamente complicada y falsa del francés. O, todavía peor, la arbitrariedad gráfica del inglés, que casi lo aproxima a los sistemas ideográficos de escritura, con el obligado y frecuente deletreo de las palabras en la comunicación oral, con el penoso aprendizaje a que eso obliga. Frente a ellos, la simplicidad de la ortografía española, fijada en 1815 por la Real Academia, uno de los sistemas de escritura más ajustados a la realidad fonológica de la lengua que transcriben, es una considerable baza en el mercado internacional de las lenguas.

Más favorable aún si se tiene en cuenta la paralela simplicidad de su sistema fonológico, con solo cinco fonemas vocálicos y de diecisiete a diecinueve consonánticos, según áreas dialectales, en todo caso muy diferenciados, con suficiente margen de seguridad siempre en sus realizaciones fonéticas, separadas habitualmente por más de un rasgo distintivo y por rasgos redundantes que los individualizan con nitidez. No me importa decir que buena parte del

éxito del castellano hay que atribuírselo a sus cinco vocales netamente diferenciadas, el sistema vocálico más perfecto de los posibles, sin vocales mixtas ni intermedias, sin sensibles diferencias en su intensidad. Si añadimos a ello el predominio de las sílabas abiertas y el polisilabismo imperante, que le da a la mayoría de los vocablos la suficiente corporeidad fónica para que sean exactamente percibidos, podemos aseverar, con objetividad, que el español es, entre las grandes lenguas de intercambio y de cultura, entre las lenguas supranacionales, la que ofrece mayores facilidades para el aprendizaje.

La corporeidad fonética de sus palabras y su casi estricta correspondencia con la corporeidad gráfica le otorgan un puesto central y de equilibrio en el panorama románico, entre otra lengua llena y menos evolucionada, como el italiano, con la que se halla en tal proximidad que las hace mutuamente inteligibles sin demasiado esfuerzo, y el portugués y el francés, evolucionado y divorciado de su escritura éste y en trance oral aquél de distanciarse de la suya. No obstante, el portugués escrito está tan cerca de su vecino idioma peninsular que cualquier lusohablante comprende fácilmente el español y un hispanohablante, aunque tenga dificultades con el portugués hablado, no suele tenerlas con el escrito.

Quiero decir con esto que el español resulta un cómodo punto de encuentro para las lenguas románicas y que, como segundo o tercer idioma de los hablantes de lenguas ajenas a esta familia, les abre no solo la comunicación con los digamos 360 millones que lo hablan, sino también la posibilidad de un relativo fácil acceso al portugués, con 170 millones de GLM, que es la séptima u octava lengua del mundo, demográficamente, y la quinta o la sexta por su internacionalidad; y además les permite una cierta comprensión del italiano, que aunque es lengua casi exclusivamente nacional la hablan más de sesenta millones de personas. Y esas facilidades no las ofrece el francés, como elección románica, en este mundo en el que, obviamente, eso que llamamos cultura y civilización occidental ha tenido una raíz grecolatina.

El bloque románico es, en conjunto, tan importante desde el punto de vista lingüístico que, cuando en 1887 el famoso oculista ruso-judío Lazarus Zamenhof creó el esperanto, la utópica lengua internacional que más adeptos ha conseguido en todo el orbe, como se atuvo para establecer sus raíces léxicas al criterio estadístico de que fuesen las más frecuentes en los idiomas europeos, lo que le salió fue una lengua románica, y como además la basó en un sistema fonológico muy simple, a la que más vino a parecerse fue al español. Casi podríamos decir que el esperanto, desde una perspectiva lingüística alejada, resulta algo así como un español esquemático y masculinizado. Y tampoco se me antoja este dato baladí al analizar la creciente aceptación y expansión del español como lengua de los foros internacionales. Fracasadas las utopías de las lenguas artificiales como vehículos de entendimiento entre los pueblos, aceptada tácitamente la evidencia de que nunca podrán ocupar el lugar de las lenguas naturales, pese a la indudable dimensión adquirida por el esperanto y a la pasión que ponen en su difusión los esperantistas de todo el mundo, se les hace más fácil aceptar para esta función de relación a la más parecida a ella entre las lenguas naturales. El doblete de esperantista e hispanista se da con cierta frecuencia en ámbitos geográficos alejados.

Hay, pues, múltiples razones que explican el rango logrado por el español como lengua de relación y que justifican, asimismo, la presunción de un porvenir brillante en ese aspecto. Porque conviene insistir en el hecho evidente de que los países de lengua española no han sabido vender nunca su idioma, promover su expansión, proteger su enseñanza. No ha habido política lingüística en ese sentido, proyección de la lengua hacia el extranjero, como la que han llevado a cabo Francia, Inglaterra, Alemania, incluso Italia. Si el español se ha extendido, ha sido por razones puramente intrínsecas, no porque nadie se haya ocupado de promover su expansión. Ahora se habla de la inminente creación de un Instituto Cervantes, análogo a las instituciones con que esos países citados fomentan la difusión de sus respectivas lenguas y culturas más allá de sus fronteras. Sí me gustaría recordar a ese respecto que la lengua española es un condominio y que los españoles apenas constituimos una novena parte de sus hablantes. Las determinaciones que se tomen en España, unilateralmente, sobre la lengua común —y algunas, de bastante trascendencia, se han tomado— pueden resultar tan irritantes, insolidarias y presuntuosas para las ocho novenas partes restantes como si los vecinos del primer piso, en un edificio de nueve plantas, decidiesen por su cuenta y riesgo alterar los rótulos indicativos del ascensor. Un diario mexicano se dolía no hace mucho de lo que llamaba «drama de España ante el idioma común» y de que los españoles tratasen de «la lengua de todos como si fuera problema sólo de ellos».

Urge, me parece, la creación de un organismo supranacional hispánico que se ocupe de la lengua de todos precisamente como lengua de todos y, por descontado, como idioma de proyección universal. Existe hoy la Asociación de Academias de la Lengua, que celebra congresos cada cuatro años; pero su función es unificadora de criterios, normativa, no en ningún caso —escapa por completo a sus posibilidades y objetivos— la de proteger la difusión y enseñanza de la lengua fuera de los propios confines hispánicos. Eso compete a los Gobiernos de las naciones de nuestra lengua, que, con todas esas cartas a su favor que hemos reseñado, tendrían muy fácil la partida de la difusión del español y, con él, de la cultura hispánica en el mundo, si algún día se decidiesen, por fin, a jugarla.